

Pasado y presente del pluralismo cultural en los Balcanes: riquezas y amenazas

Marija Djurdjevic. Investigadora del Grup de Recerca en Antropologia Social (GAS) de la Universitat Rovira i Virgili

Los Balcanes son más conocidos por la mala gestión de la diversidad que por la convivencia pacífica de sus pueblos, aunque ambas prácticas forman parte de su historia. La Península Balcánica suele ser presentada como frontera y línea de demarcación de diferentes tradiciones: el Catolicismo, la Ortodoxia cristiana y el islam, así como una zona de problemática interrelación de diferentes grupos étnicos y pueblos de origen eslavo, latino, fino úgrico, griego y túrquico. Esa mezcla de razas y creencias, calificada por muchos de «explosiva», ha ido configurando sin embargo un *modus vivendi* bastante homogéneo a lo largo de la historia.

Crisol de culturas: ventajas y desventajas del pluralismo cultural

Al margen del discurso oficial, la vida cotidiana de los Balcanes habla por sí sola. Un mismo plato, aunque a veces con un nombre diferente, aparece en la gastronomía serbia, croata, bosnia musulmana, albanesa, búlgara, griega o rumana como testimonio de un largo intercambio cultural, practicado a pesar de las diferencias religiosas, étnicas o lingüísticas. Las mismas canciones, probablemente de origen judío o armenio, configuran el patrimonio cultural griego, búlgaro, serbio, bosniaco (musulmán de Bosnia), rumano y hasta húngaro y ucraniano.

La península balcánica representa un compuesto de culturas regionales, como la danubiana —en su obra *El Danubio*, Claudio Magris habla de una verdadera *koiné danubiana* que caracteriza a todos los pueblos que viven en las riberas de ese río, desde Alemania hasta Rumanía-Bulgaria—, la cultura carpática —una sociedad tradicionalmente igualitaria que se distingue por la riqueza y explotación metalúrgica y el arraigo de la orfebrería y metalistería entre sus hábitos desde los tiempos de la Prehistoria— y la mediterránea —situados entre Grecia y Roma, los pueblos de la costa adriática e iónica se distinguen por el amor y la dedicación al mar, la luz y la forma—.

Asimismo, en la música balcánica se siente el latido de fondo de una melancolía que tiene que ver con influencias asiáticas —turcas, armenias e incluso de la India—, fundidas en ese crisol de culturas.

De la península balcánica suele decirse que produce más historia de la que es capaz de consumir. Más que productora de su propia historia, la península ha sido víctima de procesos históricos que protagonizaban grandes conglomeraciones políticas y centros de poder que entraban en fricción en medio de su territorio. La geografía es lo que principalmente ha marcado el destino balcánico. Su posición central en Europa y condición de puente hacia Asia hicieron que sufriese varios terremotos producidos en sus alrededores: cada vez que Europa y el mundo se reorganizaban, en los Balcanes se percibían fuertes seísmos.

Cuando en el siglo IV, en la época del emperador Justiniano, se produjo la división del Imperio romano en dos hemisferios, el occidental y el oriental, griego y latino, la frontera quedó fijada en medio de los Balcanes occidentales (en el territorio de la actual Bosnia). Siglos más tarde, también por aquella zona se disputaba la frontera entre el Imperio austrohúngaro y el Imperio otomano. La tragedia del ser fronterizo se observa con especial nitidez en el destino de un pueblo balcánico de origen eslavo meridional que pertenece a la denominada raza

dinámica: aunque usa un mismo idioma, ese pueblo escribe en dos alfabetos diferentes —el cirílico fue introducido por los misioneros greco bizantinos, y el latino, por la Iglesia de Roma— y se autodefine en tres variantes étnicas: serbios, croatas y musulmanes (bosníacos). Entre los diversos elementos culturales idénticos que lo definen, como única diferencia aparece la creencia religiosa: unos son cristianos ortodoxos, otros cristianos católicos y los terceros, musulmanes. Partido en tres, este pueblo formaba parte de congregaciones políticas diferentes, enfrentadas entre sí a lo largo de la historia. No obstante, en varias ocasiones del siglo XX, este pueblo o estos tres grupos étnicos se juntaban en un mismo estado, formando sociedades pluriculturales del reino de serbios, croatas y eslovenos y, más tarde, de la primera y la segunda Yugoslavia.

Los periodos de convivencia pacífica en los Balcanes y buenos usos de la pluriculturalidad han sido poco iluminados por los medios de comunicación: de la reciente Yugoslavia incluso suele hablarse en términos de dictadura y opresión, falta de libertades y derechos. Sin embargo, los exyugoslavos lo recuerdan como un periodo de unidad, fraternidad, solidaridad, apertura mental y construcción multiétnica de un futuro común. Era un país europeo abierto a Oriente y Occidente, política y económicamente próximo a los países de África, Latinoamérica y Asia, con los que había promovido el Movimiento de Países No Alineados contra cualquier tipo de imperialismo (por ejemplo, los bloques militares de la OTAN y del Pacto de Varsovia). En Yugoslavia, los vecinos solían celebrar juntos todas las festividades: la Navidad católica y la ortodoxa, el Ramadán, así como diversas fiestas instauradas durante la era comunista. Igualitaria en su base, multilingüe y multiconfesional, esta sociedad era un modelo de convivencia pacífica, con un alto grado de participación y seguridad ciudadana, respeto mutuo y diálogo intercultural.

Las ventajas de una sociedad basada en el pluralismo cultural son evidentes. En primer lugar, una educación amplia y variada despierta la consciencia sobre la relación fundamental entre la cultura y el desarrollo. El desarrollo se mide por el nivel de

apertura mental, empatía y dignidad con que se ha aprendido vivir. Las sociedades plurales son más creativas, inteligentes y sensibles que las monoculturales. En ellas, la diferencia se concibe como inspiradora y enriquecedora, algo que proporciona conocimiento sobre uno mismo y sobre los demás, mientras que el solipsismo se interpreta como inhibitorio y destructor. La sociedad yugoslava, por ejemplo, permitía a las nacionalidades y los grupos étnicos que la componían conservar sus identidades culturales y sociales, construyendo verdadera y no solo oficialmente una sociedad plural asentada sobre la diversidad de visiones, matices y formas de entender la vida. Al mismo tiempo, se percibían una totalidad y una unidad: había una identidad social y un proyecto de futuro común.

También hubo épocas en las que el pluralismo cultural en los Balcanes emergía como una desventaja: en los tiempos de crisis económicas mundiales, afares hegemónicos y prácticas desestabilizadoras, las sociedades multiculturales se mostraban especialmente vulnerables. Bastaba con subrayar más las diferencias que las igualdades y empezar a ensalzar unos determinados modelos de sociedad-nación-cultura frente a otros tipos que se ponían como ejemplo contrario, para desequilibrar profundamente una comunidad multicultural. Esas prácticas surgieron en los tiempos anteriores a la Primera y la Segunda Guerra Mundial, así como en los años posteriores a la caída del muro de Berlín, en el caso de los Balcanes occidentales. A finales del siglo XX, pueblos y naciones que habían convivido en paz durante medio siglo en el seno de Yugoslavia volvieron a entrar en colisión: los croatas contra los serbios, los serbios contra los albaneses, los albaneses contra los griegos, los búlgaros contra los macedonios, etc. De aquellos tiempos de crisis y malos usos de la pluriculturalidad ha quedado un vocabulario que se usa a la hora de hablar de la identidad balcánica. Según este, el «polvorín» y la «balcanización», consecuencias del secular «odio balcánico», son testimonio de la amenaza que representa la pluriculturalidad.

El ser balcánico y el discurso sobre los Balcanes

Para designar la montaña que da nombre a la península balcánica, los escritores ingleses anteriores a John Morritt (1794) usaban el nombre tracio *Hemus* (*Aemus* entre los antiguos griegos, *Haemus* o *Haemi Montes* entre los latinos) en sus novelas de viaje. El nombre *Balcanes*, aunque aparece en algunos textos a partir del siglo XVI, no era de uso habitual. Este nombre de origen otomano, como una especie de neologismo de connotación peyorativa, se usaba paralelamente al bizantino *Hemo*, *Aimos*, *Emmon*, *Emmona* que, a su vez, evocaba el legado cultural tracio, ilirio, romano y griego de la península. La palabra turca *Balcanes* (*Balkan*), que significa «montaña», no era el único, ni el más frecuente nombre de esta región hasta mediados del siglo XIX. Aunque el geógrafo alemán Johann August Zeune introdujo el nombre *península balcánica* en 1808, hasta el Congreso de Berlín (1878) se utilizaban nombres como «Turquía Europea», «Imperio otomano europeo», «Levante europeo» o los calificativos étnicos como «península griega», «península greco eslava», «península de los eslavos del sur» o «sureste de Europa». Los turcos otomanos llamaban ese territorio *Rum-eli* que significa «tierra de los romanos» (es decir, de los griegos), así como *Europa Otomana*.

Hoy en día, para designar qué estados pertenecen a la península balcánica no solo se usa el criterio geográfico. Se tiende a calificar de balcánicos a aquellos países que estuvieron bajo la dominación otomana entre los siglos XIV y XX, vinculando así lo balcánico a las influencias culturales orientales. La mayoría de los países de la península en cuestión no se reconocen como balcánicos y prefieren el calificativo «centroeuropeo», lo cual evidencia la práctica de estigmatización aplicada a esa península y a Oriente en general.

El descubrimiento de la península balcánica como entidad geográfica, social y cultural se produjo a finales del siglo XVIII, según testimonian numerosas obras literarias escritas por viajeros europeos. La parte europea del Imperio otomano obtuvo su propia y es-

pecífica fisonomía, digna de atención en el marco del florecimiento de la producción literaria en la Europa industrializada y el desarrollo de la imprenta. Empezó a aumentar el público lector que consumía con entusiasmo historias sobre lugares exóticos. Así, los Balcanes, hasta entonces considerados meramente una provincia otomana o un campo fértil para las investigaciones arqueológicas, se configuran como un lugar de ensueño, escenario idóneo para inusitados eventos sociales, aventuras políticas y amores románticos. La imagen de los Balcanes que emerge de esos primeros escritos es positiva: la península se presenta como un espacio exótico y romántico, repleto de ruinas de antiguas culturas, heroísmo, amor y pasión.

No obstante, a principios del siglo XX, en el contexto político de los preparativos para la Primera Guerra Mundial, cambia la percepción de los Balcanes. Se establece una imagen convencional de la península balcánica que en diferentes literaturas nacionales europeas presenta las mismas características. Los conocimientos adquiridos sobre esta región se clasifican y tipifican en el proceso de esencialización, cuyo objetivo es distinguir tajantemente entre los Balcanes y Europa. A lo largo del siglo XX, en textos literarios, analíticos y periodísticos, los Balcanes aparecerán vinculados casi exclusivamente a conceptos como violencia, salvajismo, tiranía, nacionalismo, nazismo, conflicto, discordia, avaricia, primitivismo, brutalidad y barbarie. La estigmatización de los Balcanes, consumada en el irreversible desprecio de la «balcanidad» frente a la «europeidad», explica cómo un calificativo neutro —un término geográfico— ha llegado a convertirse en un insulto. Poco a poco, el adjetivo *balcánico* dejó de designar un territorio geográfico, como los términos homólogos *ibérico* o *italico/apenino* (península balcánica, península ibérica, península itálica), y empezó a encerrar un significado metafórico de tonalidad peyorativa. Lo «balcánico» devino sinónimo de lo «primitivo», «atrasado», «tribal», «incivilizado» y sobre todo, «conflictivo», atribuyendo a la región el estatus del desgraciado Otro de Europa, un daño colateral de la Europa moderna y civilizada. Según este discurso, los Balcanes tienen una posición limítrofe en Europa, por lo que su naturaleza está po-

larizada, dividida entre Oriente y Occidente —entre la civilización y la barbarie—.

Algunos autores sostienen que el balcanismo (discurso sobre los Balcanes) es un derivado o una rama del orientalismo (discurso sobre el Oriente, descrito por Edward Said en 1978) y que este último actúa en el interior de Europa como «discurso que separa Europa en el sentido estricto de aquellas partes del continente que estuvieron bajo la ocupación otomana —es decir, oriental—». Parece que gracias a la existencia de la retórica orientalista (orientalismo) llega a contraponerse lo balcánico a lo europeo, ya que la balcanidad se interpreta como una «europeidad manchada de lo oriental» que destaca sobre el fondo de una «europeidad limpia».

Esta identidad atribuida a los Balcanes, sin embargo, choca con la imagen que de sí mismos tienen los pueblos balcánicos. Ellos no comprenden cómo algunos occidentales, que consideran pilares de su propia cultura el racionalismo griego y el cristianismo, hayan podido tratar así la tradición de la que proceden. Todo desarrollo histórico cultural de los Balcanes se llevó a cabo bajo la directa y continua influencia de Grecia —tanto antigua como cristiana—, aquella misma que había dado a Roma innumerables emperadores y gentilhombres. La cultura balcánica fue durante todo un milenio del período bizantino la reserva de la tradición helenística fusionada con el legado de san Pablo y lo sigue siendo hoy. Los Balcanes, tierra de Orfeo, Dionisio o Espartaco, se ven a sí mismos como «cuna de la cultura europea». Además, la península ocupa geográficamente un lugar central y no marginal en el continente europeo, ya que está situada entre diferentes Europas (la católica, la protestante, la ortodoxa, la islámica) y a orillas del mar Mediterráneo. Tampoco entienden los balcánicos cómo ha sido posible que el nombre del célebre *Monte Haemus*, tantas veces mencionado en clásicos versos griegos, textos bizantinos, latinos y también modernos, de repente en el siglo XX acabe sustituido por la palabra turca *Balkan* que ni siquiera es un topónimo, sino un sustantivo genérico que significa *monte* a secas. El nombre griego *Monte Haemus* o el eslavo *Stara Planina* —la Vieja Montaña—, en uso durante milenios,

en el siglo XIX fue sustituido por el incompleto nombre que ni siquiera los otomanos usaban para designar la península en cuestión.

La representación de los Balcanes como olla en ebullición de violencia étnica y sexual tenía una función clara en el contexto prebélico de los inicios del siglo XX. La oscura imagen de los Balcanes daba soporte y razón de ser a la imagen luminosa de Europa occidental que se autodefinía, en una construcción discursiva binaria, mediante la oposición. La imagen positiva que ella construía de sí misma necesitaba la imagen negativa para enseñar lo que no era —o no debería haber sido—. La estigmatización de los Balcanes aparece así como la principal herramienta que usa la Europa amante del progreso en el acto de autoesencialización. En este proceso, según el provocador filósofo esloveno Slavoj Žižek, los balcánicos sirven a algunos europeos para proyectar sobre ellos —los otros, la misteriosa *cat-people*— sus miedos y sueños prohibidos.

No obstante, cabe decir que la visión occidental de los Balcanes no siempre ha sido negativa. Hay numerosos ejemplos de representación idealizada de la península en la que los viajeros occidentales no solo encontraban extrañas costumbres atávicas, sino también la anhelada conexión con la vida auténtica en escisión en la parte occidental de Europa. Orientado hacia el progreso y sus nuevas leyes —racionalizar, individualizar, producir y acumular bienes materiales—, Occidente había sacrificado muchos valores que en otras épocas eran principales motores de su sociedad. En cambio, la tierra virgen de los Balcanes —«sangre y miel»— se presentaba como un lugar donde las antinomias aún cohabitaban y los sentimientos podían expresarse libremente, sin que se interpusieran las restrictivas normas de la razón abstracta. Para los europeos occidentales, realizar un viaje a los Balcanes significaba volver a la Europa premoderna, la Europa de los valores perdidos: honorabilidad, heroísmo e integridad. Desde esta perspectiva, lo balcánico suele vincularse con la idea de la juventud de la humanidad, rebosante de energía y buena salud. La visión occidental positiva de los Balcanes se nutre del anhelo romántico de una vida llena de sentido,

poesía y aventura. Los escritores anglosajones como Herbert Vivian reivindicaban los valores perdidos que aún se conservaban en la cultura y sociedad balcánicas: «Sin duda, nuestro mundo estará orgulloso de la uniformidad de su civilización, pero el viajero ya no tendrá oportunidad de vivir una aventura romántica».

Una suerte de «cultura del buen vivir» es una de las principales características del *modus vivendi* balcánico, que evita obedecer las normas de un mundo excesivamente ordenado y civilizado. Es el denominador común de diferentes pueblos y grupos étnicos que habitan esta región, lo que les confiere una identidad colectiva a pesar de sus diferencias confesionales y culturales y, al mismo tiempo, los distingue del Occidente en el que, a pesar de la prosperidad económica, la vida a veces es como si careciera de sabor. Visto desde los Balcanes, Occidente aparece como un mundo admirado, rico y ordenado, pero hiperproductivo hasta tal extremo que llega a ser capaz de ofrecer artículos como el café descafeinado, la leche desnatada o la cerveza sin alcohol —cosas desprovistas de su propia esencia—, con tal de obedecer el imperativo de vivir de forma racional.

Balcanismo y orientalismo

La creación del discurso balcanístico (balcanismo) sin duda está en estrecha vinculación con la existencia del orientalismo, discurso sobre Oriente. Se trata de una misma mecánica narratológica, con un imaginario y un vocabulario parecidos.

Ante la mención de la palabra *islam*, nuestra mente reacciona produciendo imágenes desafiantes de Jomeini, Gaddafi, Saddam Hussein, Bin Laden, el 11S, el 11M, la *jihad*, la esclavitud, la discriminación de la mujer, la violencia y la pérfida licencia para matar. Ante la idea de viajar o emprender algún negocio en los Balcanes, desistimos gracias al fantasma de la inseguridad, violencia, intransparencia legal, corrupción y barbarie. En ambos casos, nuestro conocimiento está supeditado a una serie de imágenes estereotipadas que infunden miedo. No obstante, los que tuvieron la ocasión de conocer de cerca aquellos

países, desde escritores o viajeros hasta periodistas y activistas políticos contemporáneos, muestran indignación ante semejante estigmatización. ¿Cómo y por qué ha llegado a crearse la visión negativa de algunas regiones geográficas como Oriente Próximo, Asia Central o los Balcanes?

El pensamiento y el arte occidentales empiezan a fabricar visiones del Otro a partir de finales del siglo XVII, en plena época colonial. Oriente como un lugar semimítico, dotado de elementos tanto románticos como diabólicos, se inventa y reinventa desde la invasión napoleónica de Egipto a finales del siglo XVIII. A su vez, la imagen de los Balcanes como el exótico y misterioso «Oriente europeo» empieza a dibujarse a través de los escritos de *lord* Byron, para terminar estableciéndose como un discurso político de connotación negativa en los años que preceden la Primera Guerra Mundial.

Las representaciones del Otro en el arte y la ciencia europeos nacen y se desarrollan como fruto de la tradición intelectual ilustrada. El conocimiento sobre pueblos y grupos étnicos de los llamados Segundo y Tercer Mundo, en lugar de fundamentarse en su ontología (ser real), suele girar en torno a la idea de su escaso desarrollo civilizatorio y la inferioridad de su cultura. Según advierten los estudiosos contemporáneos, el conocimiento, reflejo del eurocentrismo que ha marcado la época de la modernidad, se ha configurado como discurso al que no ha faltado ambición científica. Desde el reconocimiento de la crisis epistemológica en la ciencia europea y occidental moderna, se iniciaron los estudios de los mencionados discursos sobre el Otro (la alteridad africana, latinoamericana, asiática, musulmana, balcánica y europea oriental). Su desarrollo transcurre en los mejores centros universitarios de Europa y Estados Unidos, y abarca disciplinas tan variadas como literatura, teoría de la cultura, sociología, historia y filosofía. En ese ámbito, denominado *postcolonialismo*, se considera pionera la obra *Orientalismo* (1978) del profesor estadounidense de origen palestino Edward Said, que trata el discurso sobre la alteridad oriental.

Contrariamente a lo que podría pensarse, el orientalismo no es una colección de escritos de viajeros

Europeos acerca de Egipto y otros países árabes, con sus relatos sobre exploraciones arqueológicas adornados con imágenes de encantadores de serpientes y odaliscas. Según la definición de Said, el orientalismo es «aquél pensamiento sistemático a través del cual la cultura europea ha sido capaz de manipular e incluso dirigir Oriente, desde un punto de vista político, sociológico, militar, ideológico, científico e imaginario, a partir del período posterior a la Ilustración». No se trata de una disciplina o un tema, ni del resultado de una conspiración. El orientalismo es un discurso o, como señala el mismo autor, «la distribución de cierta conciencia geopolítica en unos textos estéticos, eruditos, económicos, sociológicos, históricos y filológicos» sumada a un conjunto de sueños, imágenes y vocabularios a disposición de cualquiera que desee hablar de lo que se encuentra al este de una línea de demarcación geográfica tan arbitraria como infranqueable, que imaginariamente divide el mundo entre dos bloques principales, Oriente y Occidente, «ellos» (los otros) y «nosotros». Said explicaba que no había logrado descubrir ningún período en la historia europea o norteamericana, desde la Edad Media hasta nuestros días, en la cual el islam hubiera sido pensado o discutido fuera de una estructura constituida desde la pasión, el prejuicio y el interés político.

El estudio del discurso sobre Oriente parte de una base teórica según la cual la literatura y la cultura no son inocentes política e históricamente, por lo que la sociedad y la cultura deben analizarse de una forma conjunta para ser mejor comprendidas. A juicio de Said, no existen ideas inocentes sobre Oriente, sino tan solo una red de intereses que inevitablemente se pone en funcionamiento cada vez que surge el tema de la identidad oriental. El discurso imperialista, cuyo fruto son los ciudadanos europeos enfrentados a Oriente, condiciona el conocimiento que podría tenerse sobre la zona. Así, desde la expedición de Napoleón a Egipto en 1799 hasta la avanzada imperial estadounidense, el estereotipo de los árabes ha inundado la televisión, el cine, los diarios y las revistas. Por tanto, el orientalismo, sentencia Said, representa una especie de red en la cual se produce un «intercambio dinámico entre los autores individuales y las grandes iniciativas

políticas que generaron los imperios británico, francés y estadounidense, en cuyo territorio intelectual e imaginario se produjo el pensamiento sobre la alteridad oriental». Todo discurso sobre el Otro se caracteriza por una estructura compleja basada en el entretimiento de elementos narrativos y simbólicos, y es susceptible de ser analizado desde el punto de vista histórico, antropológico, sociológico y narratológico.

El estudio de los orígenes literarios del discurso sobre los Balcanes (balcanismo) muestra que este se apoya en un mito transcultural que surge en la Inglaterra victoriana, el del conde Drácula. Los Balcanes han sido representados en el mundo a la luz de las historias sobre vampiros, licántropos y princesas que se bañan en la sangre de las doncellas para lograr la eterna juventud. Además de la constante influencia de esas imágenes utilizadas en la industria del ocio, la visión de los Balcanes se ha ido configurando mediante una maquinaria mediática sumamente poderosa que reprodujo casi sin variaciones una imagen congelada de los Balcanes, construida en la antesala de la Primera Guerra Mundial. En la década de los noventa del siglo XX se hizo patente la existencia de ese particular discurso, ya que los comentarios en torno a las guerras de Yugoslavia —las llamadas «guerras de los Balcanes» aunque ocurrían en el territorio de un solo país balcánico— hacían uso de las mismas metáforas, imágenes y vocabulario que aquel que se había configurado en la época de la crisis colonial europea que llevó a la Gran Guerra.

¿Cómo suele representarse el Otro balcánico? Como una figura de la periferia europea que amenaza con su primitivismo, su violencia innata y, especialmente, con convertir a la Europa civilizada en polvorín, tras transmitirle el virus de la balcanización. Según se desprende de esa visión, presente tanto en obras de ficción como en los medios de comunicación, los europeos de la península balcánica no son como los europeos «normales»: detrás de una apariencia aceptable —un físico «atractivo»: blancos y rubios, a menudo con aires aristócratas— se esconde su naturaleza animal —los impulsos salvajes, la violencia innata—. En muchas obras cinematográficas y literarias del género de terror se subraya que el origen de personajes como

las mujeres pantera, los hombres lobo o los vampiros es balcánico (Rumanía, Hungría, Serbia).

A pesar de que los historiadores son conscientes de que en esa península han tenido lugar dramáticos cambios producidos en la historia europea a lo largo del siglo xx, el conocimiento sobre los Balcanes como entidad geográfica y cultural con su inmanente pluriculturalidad está en la sombra del mencionado discurso de gran poder simbólico cómodamente situado fuera del tiempo histórico. Según este, los pueblos de los Balcanes, al igual que los de Oriente, subdesarrollados, incivilizados y destinados a luchar unos contra otros eternamente, carecen de la capacidad para mantener la paz y construir una sociedad próspera y desarrollada, por lo que se hace necesaria la intervención externa —militar, política y económica—.

Pasado y presente del islam balcánico

El intervencionismo militar en Oriente Medio, Golfo Pérsico y los Balcanes no ha traído mejoras en las relaciones interculturales, ni estabilidad política. El proceso de globalización económica ha desembocado incluso en una globalización militar cuyas víctimas son, en la mayoría de los casos, los pueblos musulmanes. Se observa, paralelamente, la aparición de nuevos fenómenos sociales como la radicalización del islam y el creciente occidentalismo —discurso sobre el Occidente enemigo— tanto entre las sociedades musulmanas de otros continentes como entre los musulmanes europeos.

En el caso de los Balcanes occidentales, después de una era basada en pluralismo cultural en el seno del Estado yugoslavo, la sociedad dio un inesperado paso atrás durante la última década del siglo xx. En el nuevo contexto después del colapso del comunismo, se optó por la creación de estados-nación en Europa oriental, proceso que fomentó la aparición de nacionalismos, diferencias culturales y pugnas por el territorio. En las últimas dos décadas, algunos pueblos y grupos étnicos balcánicos pasaron del estatuto de minorías no soberanas que tenían en el marco del Estado federal yugoslavo a la autoafirmación como

actores políticos autónomos e incluso a la creación de estados independientes. Las tendencias separatistas y la intransparencia de la política internacional abrieron la puerta a los abusos del pluralismo cultural, así como a una regresiva transformación social y a la transformación del islam balcánico. Basta comparar el pasado y el presente de los musulmanes en la península para darse cuenta de cómo han degenerado las relaciones interculturales y cómo ha incrementado la radicalización del islam.

Las comunidades musulmanas de los Balcanes son conocidas por un islam muy particular que contrasta con la imagen que comúnmente se tiene de los que profesan esa religión, provenientes de África del Norte y Oriente Medio. Una de las características más destacadas de los musulmanes balcánicos es su diversidad, tanto lingüística (albanófonos, eslavófonos y turcófonos) como nacional y étnica (albaneses, bosníacos, turcos, serbios). El islam se expandió en los Balcanes durante cinco siglos de gobierno otomano en el sureste de Europa (del siglo xiv a los inicios del siglo xx). Como consecuencia, todos los estados que conforman el mapa político de la península balcánica (Albania, Bosnia-Herzegovina, Croacia, Bulgaria, Macedonia, Grecia, Serbia, Montenegro y Kosovo —podrían incluirse aquí también Rumanía e incluso Eslovenia—) poseen un importante componente musulmán entre su población. El mayor grupo étnico musulmán de los Balcanes son los albaneses, que abarcan cinco millones de personas. No se trata de una población étnica o lingüísticamente distinta a la de las poblaciones cristianas que viven en esa zona. Tres millones y medio de eslavos son musulmanes, descendientes de aquellos eslavos que, por conveniencia, abrazaron el islam en la época del Imperio otomano. Son habitantes de Bosnia-Herzegovina —donde son conocidos como *bošnjaks* o *bosníacos*—, de la región serbia de Sandzak (*gorani*), Macedonia (*torbeši*) y Bulgaria (*pomaks*); pequeñas bolsas de musulmanes eslavos se encuentran también en el norte de Grecia y en Kosovo (*gorani*). En el pasado, los turcos constituían una parte importante de la población de Macedonia, Tesalia, Morea y Bulgaria. Hoy día, un millón de turcos viven en Bulgaria, mientras que en Macedonia y Grecia hay

alrededor de doscientos mil, y en los centros urbanos de Kosovo y Sandzak un poco menos.

La importancia que ha tenido el Imperio otomano en la conformación del islam en los Balcanes es innegable. Sin embargo, sería un error calificar el islam balcánico de turco u otomano. Al contrario, la diversidad de tradiciones y la introducción de elementos particulares son sus principales características. Los musulmanes balcánicos mayoritariamente son suníes de rito hanafita, pero hay también una minoría chiíta bektashí. La población que vive en las zonas rurales, más pobres y atrasadas, practica un islam más tradicional, mientras que la población musulmana de las ciudades está mucho más secularizada.

Aunque tradicionalmente el islam bosnio ha sido abierto y tolerante, también han existido corrientes más duras, violentas y excluyentes que en diversas ocasiones históricas supieron aprovechar la oportunidad para llevar a cabo sus objetivos políticos. Por ejemplo, entre las dos guerras mundiales, las ideas radicales fueron introducidas por las elites religiosas bosnias que habían estudiado en la universidad egipcia Al-Azhara. Esas elites fundaron la Organización Musulmanes Jóvenes (1939), de ideología cercana a la de los Hermanos Musulmanes. Después de la desintegración del Imperio otomano, en general, los musulmanes de los Balcanes estuvieron abiertos a las influencias del mundo árabe. Durante la era comunista, entre 1945 y 1990, quedaron condenados al aislamiento, con la excepción de los musulmanes yugoslavos, que en los años sesenta desarrollaron importantes vínculos con los centros islamistas. Los contactos establecidos en esa época entre los activistas panislamistas bosnios y los islamistas de los países árabes jugaron un papel clave en la fundación del Partido de Acción Democrática (SDA, 1990) que se presentó en las primeras elecciones libres de la antigua Yugoslavia. Entre los panislamistas más activos se encontraba el futuro presidente de Bosnia-Herzegovina, Alija Izetbegovic.

La radicalización de los musulmanes en Europa es hoy un reto al que tanto la UE como los países balcánicos en las puertas de entrada a la UE han de hacer frente. En las últimas décadas, los musulmanes balcánicos pasaron del estatuto de minorías étnicas no

soberanas —en el marco del Estado yugoslavo— a la autoafirmación como actores políticos autónomos. En las primeras elecciones libres yugoslavas celebradas a principios de los años noventa, se formaron partidos políticos que representaban a las poblaciones musulmanas (el mencionado SDA en Bosnia) y se produjo una «nacionalización» del islam y de las instituciones religiosas. Este despertar político y religioso de los musulmanes balcánicos desembocó en la creación de comunidades nacionales inéditas e incluso estados independientes. Antes de 1991, el único país con mayoría musulmana era Albania, mientras que con la desintegración de Yugoslavia han aparecido dos estados más de mayoría musulmana: la llamada Federación Bosnio-Croata, una de las dos entidades que forman Bosnia-Herzegovina, donde aproximadamente el setenta y cinco por ciento de la población es musulmana, y Kosovo, con más del ochenta y cinco por ciento. La gran mayoría de ellos son musulmanes de la corriente suní vinculados a la escuela jurídica Hanifa madhab. Algunos pertenecen, no obstante, a la orden sufi establecida en Albania y Kosovo —los bektashís— o al alevismo o alawismo, una variedad popular islámica de las regiones rurales de Anatolia y los Balcanes, vinculada a los bektashís.

Aunque la mayoría de ellos no acepta las interpretaciones radicales del islam y se define como una comunidad plural y tolerante, en los últimos años se observa un especial énfasis en la identidad religiosa y la presencia de ideologías del salafismo y el wahabismo —las cuales, en Europa, han promovido grupos como al-Qaeda, el Grupo de Combate Islámico Marroquí o el Grupo Islámico Armado de Argelia—. El contexto bélico de la última década del siglo xx ha facilitado la entrada de mujahidines y diferentes ONGs musulmanas vinculadas con la red arabo afgana. Tanto el ejército como el sistema educativo en Bosnia fueron utilizados como agentes de reislamización. No obstante, cabe señalar que esos fenómenos hoy provocan el rechazo de la mayoría de la población musulmana en Bosnia.

Entre los grandes promovedores del proselitismo islámico se distinguen los actores estatales vinculados a las monarquías petroleras —como las universidades

de los estados del Golfo Pérsico o los comités de Arabia Saudita— y los actores no estatales, relacionados con la red arabo afgana. En Bosnia, por ejemplo, en las últimas décadas se han construido centenares de mezquitas y madrazas financiadas por los países del golfo Pérsico a través de las instituciones islámicas en los Balcanes. Entre los actores no estatales destacan los miembros de al-Qaeda: Bosnia-Herzegovina, Sandzak y Albania han servido como escondite de miembros de al-Qaeda o de los mujahidines que están buscados en sus países de origen. En 1996, después de la firma de los Acuerdos de Dayton, los mujahidines fundaron en Bosnia, Kosovo y Sandzak la Organización de la Juventud Islámica Activa (OIAQ). Los estudiosos advierten que esta organización es la más radical en los Balcanes y puede tener un papel semejante al de Hizb-ul-Tahrir en Europa Occidental.

La radicalización del islam a nivel global no es consecuencia únicamente de los nacionalismos no musulmanes, las guerras en Bosnia, Irak, Afganistán, etc., o la estigmatización del mundo islámico. Podría tratarse de la respuesta de unos segmentos específicos del mundo musulmán a los desafíos de la modernización, especialmente la separación entre el Estado y la religión. En el actual contexto de aceleración social y tecnológica, las sociedades occidentales también viven grandes cambios y tensiones. La radicalización a menudo surge como respuesta a la crisis de soberanía, concepto en plena reformulación en el ámbito de derecho y la política. En el ámbito cultural, a su vez, la modernidad uniformizante ha dado lugar a la reconstrucción de las identidades particulares en un intento de resistir la homogeneización globalizadora. La tensión entre diferentes singularidades aumenta en particular en el interior de las agrupaciones políticas pluriculturales —estados y federaciones— donde el marco político, económico y social fue replanteado a favor de políticas fraccionalizadas.

Conclusión

Una vez revisados los factores que determinaron los procesos —a veces antagonicos— de construcción

identitaria en los Balcanes, cabe destacar que el multiculturalismo en sí no es fuente de problemas, que una identidad común pluricultural es posible y que la convivencia pacífica es consecuencia lógica de una sociedad activa y participativa. El pasado balcánico muestra que la zona llamada «el polvorín de Europa» en realidad es un ejemplo tanto de la mala como de la buena gestión de la pluriculturalidad, y señala la escasa atención a dos temas centrales: a) el estrecho lazo entre la calidad de la gestión local de la diversidad y el contexto geopolítico global, y b) las fortalezas de una identidad común pluricultural de la ciudadanía balcánica.

Distintos intereses políticos y económicos han confluído en esa zona limítrofe que ha servido históricamente de puente entre Oriente y Occidente y de región estratégica para distintos imperios (el otomano y el austrohúngaro, la OTAN y el Pacto de Varsovia). El pasado balcánico muestra que, en tiempos de incertidumbre y reformulación de fronteras políticas como al final de la Primera Guerra Mundial o de la Guerra Fría, las identidades étnicas eran fáciles de invocar como alternativa a las ideologías proveedoras de marcos políticos, económicos y sociales. En contextos de retroceso en los derechos humanos y el bienestar ciudadano y de debilitamiento de los estados, el vacío político se llenaba de políticas identitarias nacionales, pero invocar nacionalismos en sociedades pluriculturales significaba encender la mecha del polvorín.

Los países balcánicos que acogen diferentes lenguas, tradiciones y cosmovisiones también son un ejemplo de convivencia pacífica centenaria y milenaria, si bien sus buenas prácticas de gestión de pluriculturalidad y la inclusión de minorías son grandes desconocidas. Paralelamente a las recientes dinámicas secesionistas, algunas zonas de los Balcanes albergan un gran número de pueblos que conservan el espíritu comunitario —por ejemplo, en Voivodina, la región situada en el norte de Serbia, veintiocho nacionalidades conviven pacíficamente con programas televisivos y publicaciones en sus respectivos idiomas, incluido el romaní—.

En tiempos de políticas inclusivas saludables, en los Balcanes se cultivaban las divisiones transversales